

Río adentro: Paisaje y experiencia isleña de habitar el Bajo Delta del Paraná

NATALIA DA REPRESENTAÇÃO. Universidad Nacional General Sarmiento, Argentina | ndarepre@gmail.com |  0009-0009-6564-4396

Fecha de entrega: 10 de junio de 2023 / Fecha de aprobación: 20 de octubre de 2023

RESUMEN

El artículo propone una mirada sobre el territorio isleño en dos configuraciones territoriales del Bajo Delta del Paraná a partir del registro de los indicios del paisaje y los modos de habitación presentes en las narrativas de sus residentes. La investigación que está en la base se orienta a responder las siguientes preguntas: ¿qué circuitos vinculan las islas y sus habitantes? ¿Y con el territorio–continente? ¿Qué reglas organizan el paisaje isleño? ¿Cuándo y cómo se pone en juego “lo común”? ¿Qué experiencias de la articulación público–privado se gestan? ¿Cómo es la actuación del Estado en el territorio insular?

Se trata de una investigación de corte cualitativo basada en entrevistas semiestructuradas, historias de vida y análisis de fuentes visuales, especialmente provenientes de álbumes fotográficos personales. En primera instancia, introducimos la discusión conceptual sobre los bordes y las nuevas fronteras entre lo urbano, lo rural y lo natural en la reflexión reciente sobre los denominados territorios de agua. Pondremos en foco el problema de la constitución de los espacios comunes y sus transformaciones en el tiempo a partir de los relatos biográficos.

Luego presentamos algunas características de los dos casos de estudio elegidos, sus procesos de poblamiento y una selección de intervenciones públicas que contribuyeron a su configuración actual. A continuación, proponemos tres lecturas en torno a la forja de estos territorios de agua. Una acerca del origen, otra que enfoca el proceso más reciente de ocupación de la isla donde la lógica del mercado aparece como “depredadora” del espacio isleño auténtico con el telón de fondo de un Estado ausente. Finalmente, echando mano a fuentes visuales, hablamos del paisaje afectivo, registro que da cuenta de las transformaciones del paisaje y de los espacios comunes desde la perspectiva de la memoria de los isleños.

Palabras clave: paisaje, insularidad, espacio común.

Inland river: Landscape and island experience of inhabiting the Lower Paraná Delta

ABSTRACT

The article proposes a look at the island territory in two territorial configurations of the Lower Paraná Delta from the registration of landscape signs and the modes of habitation present in the narratives of its residents. The underlying research is aimed at answering the following questions: what circuits link the islands and their inhabitants? And with the territory–continent? What rules

organize the island landscape? When and how does "the common" come into play? What experiences of public-private articulation are developed? How does the State act in the island territory?.

This is a qualitative research based on semi-structured interviews, life stories and analysis of visual sources, especially from personal photographic albums. In the first instance, we introduce the conceptual discussion on the borders and new frontiers between the urban, the rural and the natural in the recent reflection on the so-called water territories. We will focus on the problem of the constitution of common spaces and their transformations over time based on biographical accounts.

We then present some characteristics of the two chosen case studies, their settlement processes and a selection of public interventions that contributed to their current configuration. Next, we propose three readings on the forging of these water territories. One about the origin, a second which focuses on the most recent process of occupation of the island where the logic of the market appears as a "predator" of the authentic island space against the backdrop of an absent State. Finally, using visual sources, we talk about the affective landscape, a record that shows the transformations of the landscape and common spaces from the perspective of the islanders' memory.

Keywords: landscape, insularity, common space.

Río adentro: Paisagem y experiencia insular de habitar o Delta do Baixo Paraná

RESUMO

O artigo propõe um olhar sobre o território insular em duas configurações territoriais do Delta do Baixo Paraná a partir do registro dos indícios da paisagem e dos modos de habitar presentes nas narrativas de seus moradores. A investigação que está na base visa responder às seguintes questões: que circuitos ligam as ilhas e os seus habitantes? E com o território-continente? Que regras organizam a paisagem insular? Quando e como o "comum" é colocado em jogo? Que experiências de coordenação público-privada estão sendo desenvolvidas? Qual a atuação do Estado no território insular?

Trata-se de uma pesquisa qualitativa baseada em entrevistas semiestruturadas, histórias de vida e análise de fontes visuais, especialmente de álbuns fotográficos pessoais. Num primeiro momento, introduzimos a discussão conceitual sobre os limites e novas fronteiras entre o urbano, o rural e o natural na recente reflexão sobre os chamados territórios aquáticos. Focaremos no problema da constituição de espaços comuns e suas transformações ao longo do tempo a partir de histórias biográficas. Em seguida apresentamos algumas características dos dois estudos de caso escolhidos, seus processos de assentamento e uma seleção de intervenções públicas que contribuíram para sua configuração atual. A seguir, propomos três leituras sobre a formação desses territórios aquáticos. Uma sobre a origem, outra que se centra no mais recente processo de ocupação da ilha onde a lógica do mercado surge como "predadora" do autêntico espaço insular tendo como pano de fundo um Estado ausente. Por fim, recorrendo a fontes visuais, falamos da paisagem afetiva, registro que dá conta das transformações da paisagem e dos espaços comuns na perspectiva da memória dos ilhéus.

Palavras-chave: paisagem, insularidade, espaço comum.

Imagen 1. El interior del Delta.



Álbum personal de T.

Presentación

El artículo propone una mirada sobre el territorio isleño en dos configuraciones territoriales del Bajo Delta del Paraná a partir del registro de los indicios del paisaje y los modos de habitación presentes en las narrativas de sus residentes. La investigación que está en la base de este artículo se orienta a responder las siguientes preguntas: ¿qué circuitos vinculan las islas y sus habitantes? ¿Y con el territorio–continente? ¿Qué reglas organizan el paisaje isleño? ¿Cuándo y cómo se pone en juego “lo común”? ¿Qué experiencias de la articulación público–privado se gestan? ¿Cómo es la actuación del Estado en el territorio insular?.

Se trata de una investigación de corte cualitativo basada en entrevistas semiestructuradas, historias de vida y análisis de fuentes visuales, especialmente provenientes de álbumes fotográficos personales. Ello supone contemplar las fotos, como plantean Soldano y Perret (2020: 209), “desde su carácter fijo, generado para otros fines, como un dato significativo de la sociabilidad en la gestación” de un territorio.

La hoja de ruta es la siguiente. En primera instancia, introducimos la discusión conceptual sobre los bordes y las nuevas fronteras entre lo urbano, lo rural y lo natural en la reflexión reciente sobre los denominados territorios de agua. Pondremos en foco el problema de la constitución de los espacios comunes y sus transformaciones en el tiempo a partir de los relatos biográficos.

Luego presentamos algunas características de los dos casos de estudio elegidos, sus procesos de poblamiento y de una selección de intervenciones públicas que contribuyeron a su configuración actual.

A continuación, proponemos tres lecturas en torno a la forja de estos territorios de agua. Una acerca del origen, centrada en la idea del territorio a conquistar frente a los desafíos de la

naturaleza en la se van gestando espacios de sociabilidad e intercambio, y de un orden común y colectivo emerge y se fortalece.

Una segunda lectura, acerca del proceso más reciente de ocupación de la isla donde se problematiza otra tensión: la del juego público–privado, donde la lógica del mercado aparece como “depredadora” del espacio isleño auténtico.

En tercer lugar, echando mano a fuentes visuales, hablamos del paisaje afectivo, registro que da cuenta de las transformaciones del paisaje y de los espacios comunes desde la perspectiva de la memoria de las y los isleños.¹

Finalmente, las conclusiones tematizan algunas primeras impresiones y reponen nuevas preguntas para seguir interrogando los casos.

Discutir los bordes desde la isla y sus intervenciones

El presente trabajo se enmarca en un estudio exploratorio que aborda la experiencia del habitar en los territorios de islas del Bajo Delta del Paraná. En particular, nos proponemos enfocar la configuración de espacios comunes de sociabilidad, consumo e intercambio entre los habitantes de las islas y con actores públicos y privados que confluyen en estos territorios. Y Sostenemos que las intervenciones de acción pública y la producción de espacios autogestionados tienen una gran potencia para pensarse como objeto público, estético y político (Da Representação, 2010).

Asimismo, nos proponemos analizar los procesos de configuración de espacios comunes de los territorios de islas prestando particular atención a su dimensión temporal, atendiendo a las diversas capas que componen el territorio como un “paisaje milhojas” (Roger, 2007), integrando estados e intervenciones diversas.

Por otro lado, intentamos aportar elementos para contextualizar la actuación estatal en la gestión de este tipo de territorios. Sostenemos preliminarmente que —en la mirada de largo plazo— el Estado ha estado relativamente poco presente en el ordenamiento y el control de estos territorios, siendo algunos efectores públicos, particularmente la institución escolar, los que han oficiado como “puente” entre islas y territorio–continente.

El trabajo también se inscribe en el debate académico y de agenda pública más reciente sobre la cuestión ambiental que interpela con fuerza a los municipios costeros. Mientras que San Fernando se constituye en Reserva de Biósfera planteando la cuestión ambiental y la previsión de su protección apoyándose en un actor externo internacional como es la UNESCO, Zárate, con uno de los puertos más antiguos del corredor, se encuentra actualmente revisitando esta significativa porción de su territorio y tematizando a nivel de la gestión pública la dimensión ambiental como cuestión de agenda, en articulación con actores privados y actores internacionales.

Desde nuestra mirada, el espacio que se configura en el territorio de islas tiene la particularidad de generarse en otra lógica que no llega a ser aprehendida desde las configuraciones tradicionales con que se piensa la ciudad tales como centro–periferia, expansión por ejes de circulación, espacios urbanos vacíos–lentos, densificación–rehabilitación o mercado formal–informal del suelo. En efecto, la relación ciudad–isla pone en tensión los pares clásicos de la descripción de las transformaciones urbanas. Incluso, sostenemos aquí, tampoco está analíticamente contenida en las nuevas teorías de la “naturbanización” (Muñoz, 2022), dado que en éstas, una vez más, la isla se sigue pensando desde el punto de mira de lo urbano. En otras palabras, la experiencia insular se piensa desde un habitus urbano, del cual ciertas personas se

¹ Adherimos al uso no sexista del lenguaje. En adelante en el texto se presenta el masculino universal por razones de estilo

alejan esporádicamente para la inmersión en el entorno natural. En suma una naturaleza que se reproduce de manera artificial.

La exploración del paisaje de islas que aquí se ensaya requiere comprender la existencia de fronteras difusas, líquidas y permeables entre naturaleza y ciudad. La naturaleza, por ejemplo, convertida en Reserva o Parque Natural, requiere el ordenamiento territorial, cuyo resultado expresa “un troquelado de fragmentos de naturaleza que, además de la salvaguarda de la biodiversidad del mundo natural, también representa, regula y gestiona el uso a tiempo parcial de la naturaleza por parte del habitante urbano” (Muñoz, 2022: 57).

En este sentido, al decir de Corboz (2015) nuestro objeto es un orden a adivinar, más disperso y de escala multiescalar, que se constituye a partir de una “multitud de retículas”. De allí que nos preguntamos ¿cómo se constituye esa relación reticular? ¿Cómo la representan los actores sociales que intervienen? ¿Qué circula por estos territorios “otros”? ¿Qué pasaría si conociéramos el espacio de islas como una totalidad, no referida a “la otra orilla”, al territorio–continente sino como un territorio que construye su tipicidad con referencias autocontenidas en sus difusos límites?.

Para avanzar en esta línea tomamos la noción de “heterotopía” propuesta por Silvestri (2014) como un punto de mira conceptual que coloca el agua en el centro de la escena. En ésta, los territorios de agua se analizan en relación a sus atributos naturales (pendiente, profundidad, erosión, etcétera) y al paisaje que construyen. Ese modo líquido compone el paisaje incorporando tanto las costas como las islas, las cuencas y los deltas. Profundizando está perspectiva, nuestra indagación apuesta a incluir la dimensión subjetiva e intersubjetiva de constitución de los paisajes insulares.

Recuperando aproximaciones conceptuales pensadas para otros contextos (históricos y territoriales) nos preguntamos si la noción de “insularización” (Soldano, 2008, 2010) dialoga con la territorialidad que se constituye en los territorios de islas. Preliminarmente, diremos que en parte hay una evidente superposición por la propia posición insular de este territorio. No obstante, la idea de aislamiento y fragmentación que acompaña el concepto en barrios populares del conurbano bonaerense, describe en menor medida a la territorialidad isleña. En efecto, la categoría de insularización remite al contraste entre la experiencia de integración (parcial, fragmentada) a la ciudad de los sectores populares y la situación de “aislamiento” en períodos de extrema crisis, cuando salir del barrio deja de estar en el horizonte de lo posible. La experiencia del habitar isleño, como ya afirmamos, construye su posibilidad de integración como una totalidad en sí misma, y se aleja así de la conceptualización propuesta por Soldano. Resta, sin dudas, continuar explorando las dimensiones analíticas de esta noción a través de las categorías emergentes del discurso de los isleños.

Por otro lado, si bien jurisdiccionalmente se la piensa dividida, La Isla del Delta se comporta predominantemente como un todo, con matices que se advierten en el paisaje intervenido, en la profundidad de la explotación de sus recursos y en la visibilidad elegida por sus habitantes (mostrar o no el muelle, la casa y el bote). Históricamente, contuvo tanto a inmigrantes europeos que venían con la expectativa de tierra fértil y trabajo, como a contrabandistas que usufructuaban la porosidad de su condición de frontera. Será un historiador quien aporte una historia “desprovincializada” del Delta, enfatizando el hecho de que se trata de un espacio que no respeta los límites territoriales (Robles, 2020).

Así, la experiencia insular reclama otras coordenadas analíticas, distintas a las que comprenden lo urbano, ya que produce al menos dos “regiones de experiencia” (Duhau y Giglia, 2008). Una de bordes más laxos, que integra los movimientos pendulares hacia la ciudad, que a veces es Zárate y otra es Campana, San Fernando, Tigre o Escobar. Se trata de una región de experiencia que funciona de manera reticular, y se traduce en un territorio en red (Corboz, 2015; Haesbaert, 2007). Por otra parte, la experiencia insular de proximidad demarca otra escala de intercambios propios de la vida cotidiana: los de quienes habitan en un arroyo o a lo

sumo entre arroyos próximos. (ver imagen 1) En este trabajo se explora la utilidad de estas preguntas y categorías.

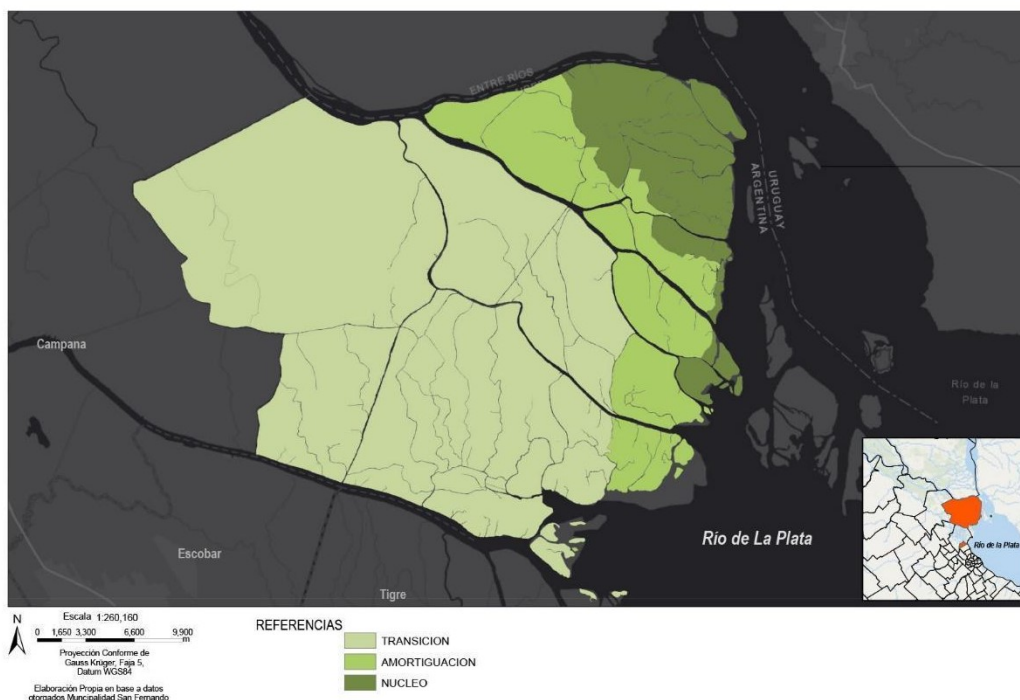
Aproximación a dos territorios insulares

En el trabajo de campo abordamos la construcción del paisaje y las claves del habitar de dos territorios isleños, a saber: la porción insular de Zárate y la de San Fernando. En ambos territorios registramos múltiples intervenciones del Estado.

En 2001 San Fernando marca un cambio en la gestión de las islas al lograr formalizar su territorio insular como Reserva de Biósfera. Ahora bien ¿cómo impactó esta modificación en el habitar de los isleños? Según uno de los referentes municipales entrevistados, el distrito planificó la postulación para devenir Reserva de Biósfera “con la gente viviendo adentro”, esto es, desarrollando actividades productivas y de subsistencia que no fueron consideradas en los lineamientos estratégicos de mediano plazo. Recién en 2023, comienza a trabajarse en un programa que proveerá cierto marco formal a estrategias y proyectos sobre las tres áreas delimitadas por la Reserva (zona núcleo, intermedia y de transición): el Plan de Manejo del Delta. No obstante, hasta avanzar en su implementación, estas categorías de la Reserva son ajenas a las prácticas del habitar (ver imagen 2).

Imagen 2. Distribución de zonas de Reserva de Biósfera. San Fernando.

ZONAS RESERVA DE BIOSFERA - DELTA SAN FERNANDO



Por su parte, Zárate cuenta con un código de planeamiento que no incorpora el territorio insular el cual abarca el 54% del total, esto es: 650 km² de Isla. Al sector insular de Zárate se puede acceder por tierra, en combinación con el uso de una balsa a la que se suben los vehículos para cruzar una estrecha franja de agua. Asimismo, se accede por agua con embarcación particular.

A diferencia de San Fernando, en Zárate están en marcha una serie de acciones de articulación público–privada que están poniendo el foco en la porción insular. La sociedad de arquitectos, junto a fundaciones internacionales con experiencia en la intervención sobre humedales, viene construyendo una propuesta de planeamiento sobre el territorio de islas implementando talleres de participación multiactorales. El municipio se ha sumado al espacio de trabajo sin una orientación explícita sobre la posibilidad cierta de ejecutar las diversas propuestas diseñadas. Esta tensión aún en gestación, es lo más cercano a visibilizar el territorio de islas con participación de la acción estatal para su proyección (ver imagen 3).

Imagen 3. Propuesta de la Sociedad Arquitectos de Zárate.



Fotografía: M. Heise.

Las capas de la transformación del territorio isleño

Llegar hasta el sector insular de San Fernando es arduo, lleva entre 2 horas y media y 4 horas. La isla es un horizonte lejano para quien lo mira desde la costa. Las familias isleñas necesitan poseer una embarcación propia para ejecutar ese recorrido, o acceder al transporte público fluvial conocido comúnmente como “lancha colectiva”. La lancha es el primer espacio común entre los isleños, el punto de encuentro en el que se actualizan las novedades, se viabiliza la circulación de bienes y mercancías y se ponen en eventual circulación reclamos o demandas sobre temas varias (v.g iniciativas de organización de pequeños productores).

En el origen, las islas se fueron poblando con familias inmigrantes europeas, quienes llegaron entre las décadas de 1920 y 1950 alcanzando en sus momentos de esplendor demográfico unos 30 000 habitantes. La reproducción de la vida se basaba en la agricultura, la pesca y la tenencia de animales de granja. Las quintas (de 10 a 15 hectáreas) contaban con frutales que funcionaron como inserción productiva en relación al puerto. El ciclo virtuoso culminó cuando al puerto de Tigre comenzaron a llegar frutos producidos en Entre Ríos, San Pedro, Río Negro, decayendo la producción isleña de cítricos, duraznos, ciruelas y nueces. Según P. “fue culpa de los isleños, que negociaban con el que les compraba directamente” y de que tardaron en organizarse asociativamente. En simultáneo, los ciclos de crecientes requerían una atención hacia la producción frutihortícola que fue resultando antieconómica.

Algunas familias que comenzaron a producir madera —en combinación con el junco y los limones— lograron organizarse en cooperativas y posicionarse mejor a la estructura social de la isla. El mismo entrevistado cuenta “hubo cooperativas (madereras) que lucraron con los isleños. Hoy el desafío es a quién se vende la producción y que resulte un negocio sustentable, los han engañado muchas veces”.

El despoblamiento signó el ritmo de las islas desde 1970. Actualmente apenas unas 2500/3000 familias residen en éstas de manera permanente. Las inundaciones, las tormentas y, en ocasiones, el fuego, restringieron la posibilidad de sobrevivencia y expulsaron a las familias de las quintas. Nos cuenta F: “Toda una generación que nos fuimos, el 90 % de quienes estaban conmigo en el secundario del Delta. Hubo un éxodo muy grande, hubo procesos culturales, climáticos, políticos, no sólo por formación...”.

F. nació en un sector de la isla de San Fernando que limita con Campana, al borde del Río Carabelas. Entre los ríos navegables de la zona, el Río Carabelas es un territorio de agua importante que conecta la segunda y primera sección del Delta. Para las y los entrevistados de este sector, lograr que llegara el camino a un borde de la isla constituyó un antes y un después. En efecto, un hito para la zona de Carabelas (San Fernando) —sector donde se concentraron originalmente muchas familias vasco-francesas— fue la obra pública que permitió acceder por vía terrestre.

La comunidad de referencia de F. logró satisfacer necesidades de la vida por vía de la autoorganización de los vecinos. Por ejemplo, pudo inaugurar dos escuelas y un museo junto con dos directores de los establecimientos que llegaban del continente. El presente muestra un panorama completamente distinto. Según uno de los lancheros entrevistados, “hoy no hay esa comunidad, están desunidos”. Otra entrevistada nos contó cómo en ocasión de conmemorarse los 100 años de la Escuela de Carabelas, viejos vecinos se acercaron a la casa donde funcionaba la escuela original, encontrando el salón de clase abandonado, el edificio semi derrumbado, el jardín “asalvajado”. Un paisaje frecuente hoy, según T, quien muestra orgullosa su colección de fotos del pasado de esplendor isleño, en la cual las escuelas son una temática reiterada.

Hoy, la estratificación en la Isla está marcada por las actividades productivas, que segmentan a quienes apenas sobreviven de quienes son grandes emprendedores, en general, de la industria maderera. En el caso de San Fernando, las grandes cooperativas de la madera se asocian a los productores competitivos y expulsan de la competencia a los pequeños. Según P. “no hay sectores medios entre los isleños” y si bien hubo varios intentos de organización de pequeños productores, en el presente solo están en el recuerdo de los pocos que quedan, diseminados en el vasto territorio insular.

Otros vecinos, en menor medida, se ocupan en la actividad turística. En efecto, hay un turismo para pescadores, que ofrece la bajada al río, carnada y algo de comer, y cuenta como una estrategia complementaria de supervivencia. Y existen algunos pocos emprendimientos privados, muy exclusivos, que despliegan un menú de actividades de consumo para sectores altos fuera de la experiencia de las y los isleños tradicionales, así como de la mirada, acción y eventual control del Estado.

Elegir La Isla, construir la distancia

Una primera clave de lectura que proponemos en este trabajo se orienta a comprender cuando los relatos isleños se detienen en el momento “fundacional”, es decir: de la llegada de sus familias a la isla, como un modo de comenzar a conectar con otro orden, distante del territorio continente, de permanente diálogo esforzado con la naturaleza y con la impronta del esfuerzo privado por sobre el público. En efecto, se trata de relatos “de gesta” en cuyo centro se ubica el esfuerzo del grupo familiar por inaugurar marcas propias y límites nuevos. Con el

tiempo, se fue armando una sociabilidad isleña que resguarda en los límites de La Isla parte de sus encuentros y teje los vínculos familiares, sociales, culturales y comerciales con nodos urbanos del continente.

“Casi todas las familias traían la misma premisa: estar lo suficientemente lejos de una ciudad por si hubiera alguna revuelta, algún conflicto social y que no les impactará directamente. Y lo suficientemente cerca por si tenían un tema con la salud... una emergencia. Tigre y San Fernando fueron los principales destinos” (F. isleño, cuarta generación).

Para S, la isla les dio todo lo necesario para sobrevivir, al igual que sus padres que vivieron y murieron en la isla, enfrentando solos la adversidad del entorno. Hoy ella y su pareja sobreviven y “desafían” a la isla. Resisten las inundaciones, protegen a sus animales, el ganado y las aves de corral y confrontan a los cazadores furtivos. Desde su experiencia, es una pelea con los humanos, no contra la naturaleza. Cuando vivieron fuera de la isla, estudiando o trabajando en territorio–continente, extrañaban el ritmo pausado del día, los distintos cielos, los animales y los árboles (ver imagen 4).

Imagen 4. S.: “No me gusta matar, pero tuve que hacerlo”.



Álbum personal S.

Registramos ciertas rutinas cansinas en la experiencia insular. La vida cotidiana sigue el ritmo de la cría de animales y de la plantación de junco, mimbre y madera, según la época. Tiende a ser austera, y un nivel considerable de alerta respecto de las condiciones del clima y del ambiente. Saber que viene una tormenta o una crecida requiere organizar desde los animales hasta las pertenencias y víveres que hacen posible sobrevivir largos días sin volver a

pisar tierra firme. Más allá de todas estas inclemencias, la isla implica —aún hoy— una distancia elegida.

En las entrevistas se identifican las inundaciones como hitos significativos de la experiencia colectiva. La inundación de 1983/84 puso a prueba la supervivencia de la población. Una familia de isla Botija (Zárate) sobrevivió 8 meses viviendo en su lancha y haciendo paradas provisionarias en refugios construidos en los árboles. El agua demoró mucho tiempo en bajar y el principal temor era la siguiente tormenta, mientras sobrevivían en el agua. En el recuerdo, la respuesta del actor público fue instalar un vagón de ferrocarril en desuso para una enorme cantidad de familias, que vivieron hacinadas por meses. (ver imagen 5)

Imagen 5. Marca de inundación P.



Fotografía: M.Heise.

El episodio se repite en San Fernando, en la fuerte inundación categorizada como emergencia hídrica en 2015 y 2016 y nombrada “el tornado” en el recuerdo de los isleños. La asistencia llegó con demora, o fue insuficiente para el grado de destrucción que sufrieron las casas y las granjas, los muelles y las embarcaciones. Los equipos de bomberos locales, prefectura, policía, gendarmería, trabajaron por días llevando familias a centros de evacuados, originalmente instituciones educativas existentes en distintos puntos de la isla. Durante 10 días atendieron necesidades inmediatas y luego coordinaron acciones para traer materiales para la reconstrucción de las viviendas e infraestructuras. P. recuerda la angustia con la que recorrió los canales buscando familias, acercando agua potable, abrigo y alimentos. Y relata con orgullo cómo actualmente el municipio cuenta con un equipo de gestión de riesgo, capacitado en desastres naturales, entrenado para llegar rápidamente al lugar de los hechos.

En este contexto, hay una comprensión del habitante isleño y de su capacidad de continuar habitando la isla, un habitante que “tiene resiliencia”. No la resiste, vive con el agua. Ello puede vincularse a la caracterización que Rotger realiza del paisaje fluvial como entorno percibido: “se manifiesta a partir de los valores simbólicos, estéticos, lúdicos, patrimoniales y culturales que cada sociedad establece con el agua” (2021:45).

Asimismo, en la construcción de la distancia respecto del territorio continente se hacen presentes saberes transmitidos intergeneracionalmente. Las familias isleñas estaban preparadas para la protección del territorio de proximidad y de la propia vida y enseñaban eso a sus hijos y nietos. Reflexiona el guardaparque “Después de la crecida perdieron todo, y tienen que recuperar... El isleño tiene un conocimiento para sobrevivir, tenés que salvar lo que tenés en base a estrategias anteriores, ancestrales, de resiliencia”.

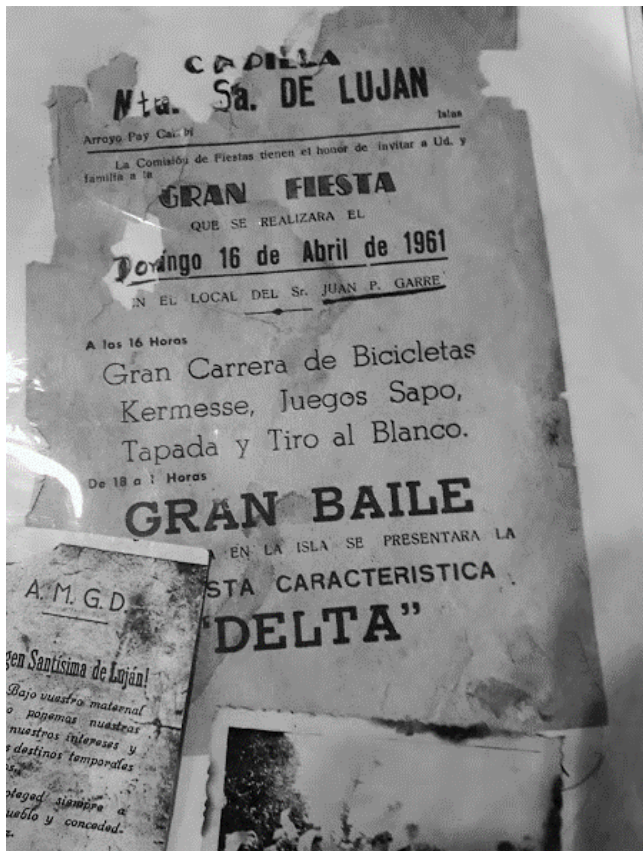
La familia isleña tradicional pasó por retos que desafiaron su permanencia en la isla. “Mi padre era el encargado de la gente en La Forestal, después quebró, después de la inundación de 1982. Y ahí empezó de vuelta, con la forestación, pero ya era grande mi papá... todo a pulmón”, se emociona S. al relatar.

En los últimos años para la empresa familiar resulta cada vez más costoso “empezar de cero” porque los núcleos se disgregaron, los productos tradicionales tales como madera y cultivos rinden poco y la gente parece aspirar a más. Desde el punto de vista de S. “también al isleño le llega la ambición, incluso algunos que son originarios y ya no se conforman con vivir de manera austera”.

Como anticipamos, construir un entorno sustentable a la distancia fue posible por la construcción de un modo de sociabilidad, lejos de la ciudad, cercana a la ruralidad, de una construcción “en común”, vital, de traza reticular, propia de la isla. Entre los años 30 y 60 la vida se basó en la producción de escala familiar, en la predominó la quinta de entre 15 a 60 hectáreas.

Había clubes, sociedades de fomento, cooperadoras de las escuelas, una liga de fútbol y bailes. Los clubes de fútbol eran instituciones sociales y deportivas, en las que tenían lugar la vida social de fines de semana y los días de fiesta. Los entrevistados cuyas familias llevan 4 generaciones en la isla refieren la capacidad de esas comunidades de transformar los espacios para “vestirlos” de fiesta: la noche anterior se lustraba los pisos (con cera o vela), se blanqueaban las paredes, se montaban escenarios, se vestían las mesas. Se invitaba a alguna orquesta que venía de la ciudad. El baile y la dispensa de comida y bebida eran otras actividades que se gestionaban entre las familias. De igual modo, la escuela concitaba los intereses y esfuerzos comunitarios para realizar reparaciones y mantenimiento, aportar en los festejos (comida, trajes para las infancias, el escenario, venta de rifas) y para participar en cada acto que era al mismo tiempo una celebración de pertenencia a esa comunidad isleña (ver imágenes 6 y 7).

Imagen 6. Gran Fiesta.



Álbum personal T.

Imagen 7. En el muelle de la escuela.



Álbum personal T.

Nominar La Isla, demarcar espacios

El de la isla, no es un mundo integrado y ordenado. Vivir allí supone lidiar con la tensión del reordenamiento continuo del espacio y del paisaje resultante. En efecto, los arreglos público–privados conjugan modos específicos de constituir el paisaje. Conviven las disputas entre los pequeños productores, que incorporan la “bajada al río” como una actividad complementaria de subsistencia para el turismo de pesca con los grandes emprendedores para quienes la cortina de sauces y la hilera de pinos oficia de barrera natural para ocultar en el paisaje la escala y diversidad de sus actividades. Así, la apropiación privada fuera del control estatal se disemina tanto en las islas consolidadas como en los fragmentos que la sedimentación va integrando al delta.

En Zárate la planificación sobre la isla se visualiza como inexistente, por lo que comienzan a instalarse emprendimientos de mediana escala que ofrecen una salida turística sin cumplir ningún tipo de normativa. En línea con el despoblamiento referido para San Fernando, aquí la ocupación del territorio se hace sobre la presión en propiedades cuyos ocupantes originales ya no están. Los incendios para “preparar el terreno” ponen en riesgo las forestaciones colindantes y las casas. En 2022 y 2023 —según el relato de uno de los docentes entrevistados— los últimos incendios llegaron hasta la escuela de isla Botija (declarada Reserva Provincial) y ni los directivos ni las familias de esa comunidad educativa reaccionaron.

El uso de recreos para pasar el día se transforma rápidamente en espacio de camping que ofrecen mínimos servicios: lugar desmalezado para la carpa, alguna mesa o banco, bajada al río despejada, espacio para fogón. Sin regulación de la actividad, ni de los servicios ofrecidos, los “dueños” del negocio ocupan los terrenos linderos si están deshabitados o si desconocen el paradero de sus dueños. Ese paisaje cambiante algunas veces ofrece una versión productiva rural (con presencia de ganado y cultivos de soja), otras una más ligada al turismo (pesca y remo) y otras a la del abandono del espacio. Los usos se dirimen a través de acuerdos entre privados sin mediar intervención estatal alguna. Las reglas de juego establecen un rango de acciones conjuntas, de fugaz convivencia y un predominio del uso de la violencia para establecer la apropiación de esa porción de isla y de sus usos. En los últimos años, los entrevistados coinciden en señalar el uso depredador del territorio de isla: sembrar soja y fumigar (al borde de la zona de casas y de la escuela), quemar hectáreas para traer ganado, pescar a destajo sin devolver al río, deforestar y no volver a plantar. “Toda la naturaleza que se pierde” nos cuenta S.

Mientras se planifica para un futuro incierto, los contrastes entre isla y ciudad se hacen también presentes en el punto de llegada destinado a las embarcaciones isleñas en Zárate. El “borde” de la ciudad que fue intervenido por el municipio generando un paseo costero, al mismo tiempo relega e invisibiliza las marcas del habitar isleño. En esa experiencia insular, la ciudad de Zárate cuenta con una estrecha franja refuncionalizada sobre la costa, apenas unos escalones de piedra sin amarradero donde los botes de remo llegan y deben transportar mercadería, herramientas, bolsones, infancias y “vejeces” y ascender por la barranca. El borde de la ciudad es digno de ser mostrado, el borde isleño sólo se hace visible en el momento fugaz de llegada a la costa.

Ese borde se reaviva para el continente de modo efímero con los reiterados incendios en múltiples sectores de La Isla, cuando llegan a la costa el humo y las cenizas, afectando la visibilidad en el río y en la ciudad (ver imagen 8).

Imagen 8. Familia isleña llegando a la ciudad, Zárate.



Fotografía: M. Heise.

La batalla contra el fuego forma parte de esta tensión entre reglas de convivencia ajenas a la normativa pública. Se conoce que los incendios son —en su mayoría— intencionales, con el objeto de “limpiar” un terreno para su próxima siembra u ocupación. “Es más barato contratar a dos personas que prendan fuego los pastos que hacerlo cuidando los riesgos” menciona un referente que trabaja cerca del equipo de gestión de riesgos. En el caso de San Fernando, si se extiende varios días o abarca un territorio más amplio, algún isleño contacta al municipio para que convoquen a los bomberos, prefectura, policía y se activa el protocolo de actuación para el manejo del fuego. Rara vez el Estado impone alguna sanción aunque la mayoría conoce a los responsables del hecho.

Anticipamos que estos arreglos concitan conflictos que exponen con claridad la escasa “comunidad” organizada que habita hoy la isla, en la que sólo existe el límite del agua, del alambre o la fuerza. El “orden” insular se resguarda con violencia, la ley del vecino más fuerte. Para tierras que no cuentan con un dueño visible, es frecuente la ocupación, y los vecinos resguardan los límites de su propiedad y su muelle mostrando firmeza, y amenazando con armas “cuando es necesario”. Estas reglas del juego corren también para algún visitante ocasional que puede ser atendido como cliente (si paga por la bajada a pescar) o echado del lugar que en determinadas circunstancias. Para uno de los lancheros entrevistados, mientras antes había acuerdos que mostraban solidaridad entre vecinos, hoy no existe esa “sensación de comunidad”, y prima el “sálvese quien pueda”.

La gestión de este entorno natural y su paisaje marca una tendencia en las discusiones contemporáneas. Rotger, por ejemplo, destaca el modo en que, al integrarse el problema del paisaje en el campo del ordenamiento territorial, se apunta a una mirada “integradora del territorio, incorporando las dimensiones ambiental, patrimonial y la percepción de la población” (2021:34). Por otro lado, en línea con nuestra comprensión del paisaje de isla, el

autor destaca la carga de “compromiso político” que habilita reconocer y estudiar todo tipo de paisaje “desde los singulares, hasta los cotidianos y degradados”.

El de las islas es un territorio que requiere recorridos expertos. En efecto, en el trabajo de campo se destaca la importancia de identificar zonas para proteger y equipar particularmente. Dicha operación técnica, que ambas gestiones municipales se encuentran en proceso de iniciar, ocurre de hecho y con frecuencia en las prácticas de los habitantes. S., se vincula con organizaciones ambientalistas para darle destino a los objetos de plástico y vidrio que recoge del río en sus itinerarios cotidianos (ver imagen 9).

Imagen 9. “¡Hoy fui a rescatar botellas! Porque la semana que viene, por medio del “organismo”, conseguimos que se lleven las botellas Estoy contenta que por lo menos vamos a limpiar la isla un poco”.



Fotografía: álbum personal S.

Así, en estos territorios confluyen los recorridos de guardaparques, cazadores furtivos, contrabandistas y los residentes. Para todos ellos, los tramos del paisaje tupido funcionan como barreras que separan la vida cotidiana de lo indómito, esto es: lo que aún permanece en un lugar inaccesible que condensa agua, humedal y verde. Las certezas que tiene P. sobre la isla quedan de manifiesta en su relato “vos vivís a través del Delta y el río. El río es el que marca tu vida, son los caprichos de la naturaleza y la gente no va en contra de eso”.

El paisaje afectivo: la isla refugio

Una tercera lectura de los relatos y las fotografías analizadas es la que remite al mundo afectivo asociado al paisaje de isla. Tal como destacan Soldano y Perret (2021: 225) “La imagen

habilita el recuerdo y posibilita la palabra , y con ese recuerdo fluye también la emoción al mostrar lo que no está: amistades, familia, hogar, paisaje, un estilo de vida.”

El isleño es nómada. Puede ir y venir, pero en el curso de una vida la isla es el nodo fundamental de los recorridos y el refugio principal. La ciudad, por su parte, es destino de aprovisionamiento, para el estudio al finalizar la escuela primaria, por trabajo, trámites burocráticos, conocer gente y armar pareja. “La gente de La Isla es medio nómada, se traslada por laburo” dice P. Asimismo, la añoranza por la vida en la isla marca fuertemente el discurso de las y los entrevistados. “Yo trabajé en escuelas en Zárate, me formé, remaba, pero en un momento decidí largar todo y volver, me volví un gaucho”. S. menciona que La isla es “parte de sus raíces”.

Algún juego del orden de lo identitario se activa cuando comenzamos a indagar por el vínculo con la isla, la historia de llegada y las alternativas del arraigo en un territorio que parece requerir un esfuerzo permanente por marcar la existencia de personas, además de viento, agua, crecidas, lluvia, insectos y juncos. Así, extrañar, añorar y sufrir cuando se está en el continente y la necesidad de volver al amparo conocido de la isla forma parte frecuente del relato. En la tensión ciudad-isla, la primera es vista como lo violento, lo ajeno, y el lugar de la sobreoferta de mercancías para el consumo. Lo urbano asfixia.

En la experiencia vital, la isla refugio es el rumor del agua, el sonido de la tormenta, el sol, el silencio y la soledad, los pájaros, el cielo abierto y el aire. La casa de la infancia, de los ancestros, de la familia y el jardín. Clement (2012, citado en Muñoz, 2021:61) refiere a un paisaje que abarca la percepción desde múltiples sentidos y a “aquello que guardamos en la memoria tras haber dejado de ejercerlos”. Resulta significativo el modo en que la vivencia de ese espacio tal como se organizaba antaño está presente en los distintos relatos, como un paisaje “afectivo” ante todo.

Al mismo tiempo, la libertad y la calma que ofrece ese paisaje en su intrincado interior parece accesible sólo a quienes saben sobrevivir con poco y “leen” las marcas de la naturaleza y aprovechar sus recursos. Así, tanto para experiencias extremas y prolongadas de aislamiento (por ejemplo, por una crecida) como para quien desea alejarse y ocultarse de la ciudad y su normativa, la isla es refugio. En los relatos se destacan hitos que aluden a las inundaciones importantes, a las reorientaciones de las trayectorias laborales, a la pérdida de alguien cercano y a las distintas “vueltas” a la isla. No hay hitos que contengan explícitamente al Estado.

Otra modalidad de la categoría isla refugio se hace presente en el tiempo largo de las historias de vida. Así como las capas de sedimento que componen sucesivamente las nuevas franjas de la isla, ésta es refugio de la sedimentación del pasado en la memoria. Ocasiones como las grandes crecidas, permiten que el barro devele y deje al desnudo piezas que revelan un pasado antiguo o reciente, pero siempre precioso para nuestros entrevistados. En simples cajas, nos mostraron objetos atesorados que el barro “devolvió”. Por un lado, el descubrimiento en el borde de la propiedad de los restos fósiles de un pueblo originario desconocido, con sus “tumbitas que se evaporaron” no más salir a la luz y al aire. Hoy descansan en una caja sin clasificar algunos restos óseos y adornos sencillos con los que se enterraba a las y los muertos, tesoro que circuló por varias oficinas públicas sin encontrar eco ni destino. Por el otro, las pipas de barro que fumaban los viejitos que se hicieron cargo de la familia de S., objetos simples que se unen al recuerdo de las historias nocturnas que se contaban en el fogón.

La isla es un refugio en tanto lugar de los ancestros, el lugar de construcción de una identidad propia, de un lugar que “se construyó” hace cuatro generaciones desde comenzar a desmalezar el terreno, hasta construir la casa en altura, las zanjas para cultivo, la rotación de las cosechas. S. sostiene “porque yo no es que definiendo la tierra, yo definiendo la historia, la vida que se pasó ahí” (ver imagen 9).

Imagen 10. S: "Los viejitos"



Fotografía: M.Heise.

Cierre: un territorio autocontenido de futuro incierto

Tanto por la acción de la naturaleza como por la humana, la isla produce y cobija un paisaje que hay que marcar permanentemente. En efecto, el ritmo de la naturaleza pugna sistemáticamente por ocupar espacios de habitación, de sociabilidad que los isleños vienen sosteniendo con tenacidad desde las primeras generaciones.

Para los habitantes de ambos territorios insulares la isla es un todo, un espacio delimitado y autosustentable al cual siempre se vuelve.

La ubicación específica resulta casi anecdótica en tanto la trama insular se compone de canales que organizan la circulación y la proximidad o la distancia, a los muelles —en tanto “puertas de entrada” a cada propiedad— y a los puentes que las conectan. No obstante, para cualquier referente extranjero a esa experiencia de vida isleña, la isla se presenta como una totalidad, que supone varias capas de sentido a ser decodificadas. La isla, es, entre otras cosas, un lugar al que se vuelve, el que contiene la infancia, el ritmo lento, el verde, la lluvia y el agua. Remite a los antepasados, a las raíces, el hogar que construyeron “de la nada” los abuelos. Algo del orden de la cosmovisión del isleño se condensa en esta denominación genérica. La isla es un mundo de vida.

Se reiteran en el recuerdo los veranos de infancia en un entorno cuidado, con plantas trepadoras y rosas cerca de la casa, con árboles para trepar y esconderse. Con un sector extenso donde se cultivaban ciruelas, manzanas, duraznos, higos y cítricos. Un paisaje colorido, aromático y rico en especies. Las lluvias, abundantes en la zona, transformaban el paisaje. Con la

creciente “agua arriba y agua por debajo” quedaban a la vista sólo las ramas más altas y luego zanjones de barro. En el mejor de los casos, aún conservaban el muelle. Muchos se fueron, llegaron a comprar casa en territorio–continente, se movieron por la zona del litoral buscando otros negocios.

Los relatos coinciden en señalar que hoy esta experiencia isleña, de respeto entre pares y convivencia con la naturaleza, ha perdido vigencia y no se transmite. A los jóvenes les interesa poco aprender esos saberes ancestrales y cuidar el entorno natural. Tampoco la escuela parece una institución con un rol social destacado. De hecho, lejos está de considerarse como un reservorio de los saberes isleños, ni de conocer a las familias de su área de influencia.

Hoy, destacan los isleños “originales”, la isla se llena de gente que viene a depredar, a hacer desastres. Queman, cortan árboles y no plantan, pescan con redes muy grandes. La tensión entre lo público y lo privado se hace presente en estos territorios alejados del control estatal. Al mismo tiempo, cada vez hay menos comunidad para componer un nuevo “orden disperso”.

Parece difícil pensar un futuro para la isla. Y entre quienes llevan décadas marcando este espacio, prima el repliegue. Sin embargo, la vinculación efectiva con ese territorio añorado perdura hasta la actualidad. Impulsa a quienes crecieron en la Isla a buscar propuestas que tengan por objeto su intervención con un marco de cuidado. Desde isleños que ya no viven ahí pero continúan articulando con productores, con directoras de escuela hasta profesionales de lo urbano que traen experiencias de otros territorios marcados por el agua, la dimensión de cómo proyectar La Isla, productiva y sustentable, “con la gente adentro” forma parte del interés de distintos actores y abre nuevos interrogantes en nuestra indagación (ver imagen 11).

Imagen 11. “Siempre en las familias hay alguien que vuelve”.



Fotografía: álbum personal T.

Referencias Bibliográficas

- **Beccan Dávila, Soc. Arquitectos de Zárate (2021)**. Proyecto “Zárate y la huella del Delta”, Municipio de Zárate. Zárate
- **Corboz, A. (2015)**. *Orden Disperso: ensayos sobre arte, método, ciudad y territorio*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- **Da Representação, N. (2009)**. “Los espacios comunes como problema. Sociabilidad, gestión y territorio” En Catenazzi, A., Quintar, A., “El retorno de lo político a la cuestión urbana: territorialidad y acción pública en el Área Metropolitana de Buenos Aires.” Colección estudios urbanos. UNGS-Prometeo. Buenos Aires.
- **Da Representação N; Soldano D. (2010)**. “Espacios comunes, sociabilidad y Estado. Aportes para pensar los procesos culturales metropolitanos” en Revista *Apuntes del Cecyp*, disponible en <http://www.apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/80>
- **Duhau, E; Giglia, A (2008)**. *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, Siglo XXI editores, México.
- **Haesbaert, R. (2007)**. “El mito de la desterritorialización: del “fin de los territorios” a la Multiterritorialidad”. 3° ed. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- **Kalesnik, F. y Kandel, C. (2004)**. Reserva de Biosfera Delta del Paraná. Formación en educación para el ambiente y el desarrollo. Unesco . Municipalidad de San Fernando. Buenos Aires.
- **Kandus, Patricia; Minotti, Priscilla y Borro, Marta. (2011)**. Contribuciones al conocimiento de los humedales del Delta del Río Paraná. Universidad Nacional de Gral. San Martín. Buenos Aires. Argentina.
- **Muñoz, Francesc (2021)**. Dossier “Ciudad, casa, naturaleza” en Revista La Maleta-de Portbou, #52 Mayo-Junio 2022, Galaxia Gutenberg ed. Barcelona.
- **Robles, Sergio (2020)**. El Delta del Paraná. Territorio, población, producción, prácticas sociales y gobierno en una región de frontera (1750-1870), Prohistoria ediciones, Rosario.
- **Rotger Daniela (2021)**. El paisaje fluvial en el Amba, Prometeo Libros. Buenos Aires.
- **Silvestri, G, Williams, F (2016)**. Sudamérica fluvial: primeros resultados de un programa de investigación sobre la infraestructura, ciudades y paisaje. *Estudios del hábitat*, Vol 14, dic 2016. FAU, UNLP. ISSN 2422-6483 | url: revistas.unlp.edu.ar/habitat
- **Silvestri, Graciela (2014)**. “Heterotopías felices”, *Anales del IAA*, vol. 44 (1), pp. 15-31.
- **Soldano, Daniela (2008)**. “Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1990-2005)”. En Ziccardi, Alicia (ed.). *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores-clacso-crop.
- **Soldano, Daniela (comp.) (2017)**. *Viajeros del conurbano bonaerense. Una investigación sobre las experiencias de movilidad en la periferia*, Ediciones UNGS, Buenos Aires, ISBN 978-987-630-269-2
- **Soldano, Daniela y Perret, Gimena (2021)**. “Las fuentes visuales en la investigación de la experiencia urbana” en Di Virgilio y Perelman (coord) *Desigualdades urbanas en tiempos de crisis*, UNL-FLACSO, Buenos Aires.